

PRÓLOGO

Podría pensarse que la historia de la investigación arqueológica sobre Cartago constituye un tema demasiado arriesgado para un estudioso novel dada su equiparación con hitos del mundo antiguo —Pompeya, Roma...— que abarcan en tiempo y diversidad tantas facetas de erudición y ciencia que se han convertido en colosos, ciertamente a distintos niveles, de la cultura occidental. Y el riesgo, en este caso, sería incurrir en un ensayo banal sobre Cartago.

Resulta llamativo, por otra parte, que el autor de este estudio sea, además de joven, español, porque, puesto que España no participó ni en los descubrimientos de Cartago ni en la reflexión histórica sobre esta ciudad, puede parecer que se inmiscuye en terreno ajeno, que añade una dificultad más a las ya inherentes a cualquier planteamiento científico. La opción se justifica, sin embargo, en el marco de la generación universitaria que se ha beneficiado de los intercambios europeos, a la que Iván Fumadó pertenece. La capacitación para abordar bibliografía internacional y la competencia adquirida mediante aprendizajes realizados en distintos países ofrecen hoy posibilidades que las promociones de la década de 1980 todavía no tuvieron, pese a que, paradójicamente, estos licenciados de alrededor de treinta años tengan serias dificultades para encontrar ahora un empleo estable, dada la coyuntura socio-laboral europea. Y sin embargo están preparados para culminar con éxito campos de investigación imposibles de acometer por anteriores generaciones de universitarios con un mayor grado de autodidactismo, como pone de manifiesto la bibliografía sobre Cartago que este trabajo brinda con la propuesta de hacerla accesible por internet (ÁBACo).

Esta investigación surgió, con todo, no exactamente por iniciativa personal de Fumadó sino de la mano del proyecto de Xavier Dupré (1956-2006) sobre los basureros de esta ciudad, que, a través de la colmatación de su red de alcantarillado y del abandono de algunos de sus sectores, permitía un análisis económico de la evolución urbana de la

capital de África, en el marco de un planteamiento más amplio aceptado por la AIAC. La estancia de Fumadó como becario en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC), con la consiguiente aproximación a un maestro tan vibrante de ideas como curtido en la batalla administrativa de las instituciones que gestionan la arqueología como lo fue, admirablemente, Dupré, hasta el último momento, debió estimular, más que el trabajo académico del autor, su madurez intelectual pues la orientación de la historiografía objeto de estas páginas traduce una amplitud de miras que combina una fuerte implicación en el tema con una sensibilidad cultural hacia todo lo que la investigación sobre la Antigüedad comporta, con sus aciertos y con sus errores, inteligibles en el contexto en que se produjeron, sin pretender encerrar Cartago en unas precisas y frías coordenadas geográficas sino situarla en un espacio histórico más difuso y muchísimo más complejo. Es en este aspecto en el que yo detecto los matices de Dupré, con la satisfacción de haber acertado al recomendarle a uno de los estudiantes de mi equipo que ya había cursado estudios en Bolonia.

Esta historiografía surge, de este modo, en medio de un debate, propio del siglo XIX, entre lo oriental, mórbido y sensual, y lo occidental, vigoroso y racional, a partir del que la identidad de la ciudad se convierte en excepcional por ser, gracias a Roma, punto de encuentro de esas dos órbitas, sin apenas verse afectada, desde esta óptica, por lo africano.

Fumadó aprovecha las tesis de Saïd para detectar la arrogancia occidental, los postulados colonialistas, el nacionalismo y el racismo y por eso elige historizar Cartago de acuerdo con las sucesivas situaciones político-administrativas rectoras de su investigación. A lo largo de las tres primeras fases en que se articula, correspondientes a las épocas del protectorado francés en Tunicia, de la independencia del país y de la intervención de la UNESCO en la arqueología con equipos plurinacionales, los planteamientos de la investigación se ciñen a postulados historicistas y positivistas de corte convencional y colonialista, derivados, en lo que nos concierne, de trabajos de campo metodológicamente correctos en términos generales. La investigación tunecina independiente que constituye la cuarta fase del estudio se reconoce en la punicidad —frente a la romanidad— y hace de ella la explicación esencial de la cultura de Cartago.

Esa era, por una parte, la parcela que la arqueología colonial había dejado en la época álgida de sus programas arqueológicos en manos principalmente de P. Cintas y, sobre todo, la única vía de escape tras la independencia para construir una memoria propia distinta y políticamente adecuada a la situación, por referirse a una cultura que irradió desde Oriente, como el Islam, que Roma, la colonización, se vanaglorió de destruir. La bibliografía de M. Bénabou, H. Bénichou-Safar y M. Fantar transcurre, sin ser homogénea, en estos parámetros, a la espera de que surjan investigaciones competitivas de corte post-procesual renovadoras de la historiografía heredada y liberadas del objetivo de nacionalizar el pasado de la cultura tunecina, como, sin duda, ocurrirá en un futuro próximo.

En su recorrido bibliográfico, además de las consideraciones teóricas y metodológicas que permiten su enfoque intelectual, Fumadó realiza una recopilación de interés del patrimonio arqueológico cartaginés paulatinamente documentado y, en especial, de las representaciones cartográficas de la ciudad entre las que echa de menos, con razón, una planta arqueológica de conjunto de Cartago, tarea todavía pendiente de realización.

La historia de Cartago no fue la de Roma si bien es recurrente la comparación de ambas metrópolis en la literatura, en la historia y en el arte, en cierta medida como resultado de su confrontación por el dominio del Mediterráneo occidental tal y como reflejan los textos latinos. Pero, desde el escenario de la arqueología, debido a que la ideología francesa —Francia tuvo un protagonismo muy destacado en la arqueología del Magreb y en particular de Cartago— necesitó, al menos hasta la etapa de la segunda guerra mundial, apoyarse en ese dualismo para reconocerse en un rol civilizador e ilustrado ante el mundo occidental, avalado por su propio ámbito académico ligado, en definitiva, al político.

Así se tejieron las vidas y las obras de reconocidos arqueólogos que, con potentes infraestructuras, encontraron, en Cartago, y en otros lugares, una base de operaciones que les procuró un elevado estatuto profesional desde el que construyeron las bases de la arqueología oficial del siglo xx. La historia de la arqueología europea comenzó en países extranjeros, como resultado de expediciones destinadas a proyectar su memoria lejos de sus fronteras. Y esos inicios marcaron la historiografía subsiguiente.

El discurso de Iván Fumadó nos lo recuerda sin necesidad de hacer un ajuste de cuentas generacional, con ponderación y con criterio, analizando las dificultades de recomenzar la comprensión del pasado cuando se sale de una situación colonial, sin la pretendida inocencia en la que se ampara el conservadurismo sino observando los mismos hechos, proustianamente, desde nuevos ángulos.

Godella, marzo de 2008
CARMEN ARANEGUI GASCÓ
Catedrática de Arqueología
de la Universitat de València